



EL ECO DE CARTAGENA

• AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11388

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 20 DE OCTUBRE DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

¿POR QUÉ NO TODOS?

La «Gaceta» ha publicado una Real orden del Ministerio de Fomento previniendo á la Dirección general de Obras públicas que Su Magestad vería con agrado, que por dicho centro se arbitren medios, en la medida que las conveniencias del servicio y los recursos disponibles consientan, para que hallen colocación en las obras públicas del Estado, próximas á la ciudad de Ferrol, muchos de los obreros que allí han quedado sin trabajo en el arsenal, en vista de que la economía en los gastos públicos que las circunstancias por que la nación atraviesa demandan con imperio, y que obliga en todos los ramos de la Administración á reducir las plantillas del personal hasta el último límite, ha sido causa de la reducción de personal en el referido establecimiento.

La Dirección general de Obras públicas, acatando la citada Real orden, ha ordenado que se activen varios expedientes de obras, con objeto de dar trabajo á los obreros despedidos y ha invitado á los contratistas de carreteras inmediatas á Ferrol para que ocupen los que puedan de aquéllos.

Es muy plausible tal diligencia y lo es aun mas la Real orden que la motiva. Facilitar trabajo al obrero es obra meritoria, pero lo es mucho más si se facilita al obrero á quien se ha despedido.

Lo que tiene esa disposición del Ministro de Fomento es que no es amplia. Parece natural que habiendo disminuido el Ministerio de Marina la maestranza de los tres arsenales del Estado, se ocupara el gobierno con solitud idéntica en aliviar la suerte de todos los obreros que, á título de hacer economías, han quedado inactivos; mas lejos de repartir los beneficios por igual, recomienda á la

Dirección de Obras públicas á la maestranza sobraute del arsenal gallego y olvida que en el de la Carraca y en el de Cartagena habia también centenares de obreros sobrantes que han sido despedidos y tienen derecho al amparo oficial.

No sabemos, aunque suponemos que no son buenas, las consecuencias que habrá tenido para la ciudad de San Fernando la disminución de maestranza en el arsenal andaluz; pero nos consta de ciencia propia las que ha tenido para Cartagena el despido de obreros de este arsenal.

Esas consecuencias no se manifiestan en la vía pública. El pauperismo no ha aumentado con el despido de trabajadores, que no son éstos materia abonada para echarse á la calle á mendigar el pan que necesitan. No es en la calle, no, donde se vé la falta si no en el hogar del obrero despedido, donde no se enciende la lumbrera porque el gasto de combustible constituye un lujo y en la Tienda Asilo donde se observa concurrencia mayor y distinta de la que hasta ahora reclamaba raciones.

Esa pobre gente merece también una mirada compasiva del gobierno. Haga extensivos á Cartagena y Cádiz los beneficios de la Real orden dictada para Ferrol y estara en lo justo y hara una buena obra.

TIJERETAZOS

El general Weyler ha vuelto otra vez á la gracia de «El Nacional».

Ha bastado que el caudillo de Cuba renuncie al mendrugo, para que el colega dé este golpe de bombo.

«El general Weyler no acepta la presidencia de la Junta Consultiva de Guerra. Lo proclamamos así con orgullo y satisfacción tan grandes, como fue grande y vehemente la indignación producida en nuestro ánimo por las afirmaciones oficiales y públicas de la aceptación.

No parecia presumible que el ministro de la Guerra, que el presidente del Consejo de ministros, cometieran la ligereza escandalosa de proclamar oficialmente una impostura.»

A Dios rogando y con el mazo dando—se llama esta figura.

Se halaga al general y se le da de palo un golpe al ministerio.

Pero... La cosa tiene peros, colega. El amigo del diario romerista—lo dice el órgano del Sr. Gamazo,—aceptó la consabida presidencia creyendo que era la del Supremo.

Visto el error se volvió atrás.

De aquí se deduce... todo lo contrario de lo que se dice para explicar eso de Weyler.

Resulta, pues, que hubo aquello del pedazo de pan que el colega dijo; pero no era tan blanco como se deseaba y no agradó.

Y resulta además que sobra el bombo.

Ocupándose «El Correo» de los asuntos del país, dice que hay pluralidad de doctores y sobra de recetas.

Justo; y ningún doctor acierta con la enfermedad y ninguna receta la cura.

Cada minuto el país, se encuentra más agravado y tal fiebre lo ha embargado que está su vida en un tris.

Y va á dar que hablar un rato verio muy pronto deshecho, teniendo junto á su lecho todo el proto medicato.

Lo único que nos quedaba se ha desplomado con horrible estrépito causando sensación hondísima.

«Guerrita» se ha cortado la coleta.

La afición está de pésame y siente mortales congojas al ver el duro golpe que ha sufrido la fiesta nacional.

¿Quién le dará ahora brillo al espectáculo?

No hay que aligirse caballeros, no hay hombre necesario.

Si el Guerra se ha ido al califato nos queda el «Chico de la blusa».

¿Quién sabe si mañana gastará chaleco?

PAGINAS ESCOGIDAS

La duración de nuestras pasiones no depende más de nosotros que de la du-

ración de nuestra vida. . . El interés que ciega á unos, á otros ilumina. . . La gracia es al cuerpo, lo que el buen sentido al alma. . . El amor á la justicia, es en la mayor parte de los hombres el temor á sufrir la injusticia. . . La amistad mas desinteresada no es más que un comercio, en el que nuestro amor propio se propone siempre ganar alguna cosa. . . Los ancianos gustan de dar buenos consejos para consolarse de no estar en ocasión de dar malos ejemplos. . . Los defectos del alma aumentan con los años, lo mismo que los del rostro. . . La constancia en amor es una perpétua inconstancia, por la que el corazón se detiene sucesivamente en todas las cualidades que admiramos en la persona amada, dando preferencia á una, y después á otra; de manera que esta constancia no es mas que la inconstancia circunscrita en un mismo sujeto.

La Rochefoucauld.

La Rochefoucauld.—«Las Máximas» de este gran hombre, vienen siendo desde hace dos siglos una especie de Kempis para las almas laicas. Nada de religión, nada de piedad. Los hombres son cristalizaciones individualizadas del egoismo: lo único real y positivo. Para una nueva Sparta creada ajustándose á las ideas de un Nietzsche, la mejor moral, sería desde luego la de La Rochefoucauld: la única que oficialmente declarada no tendría las sustituciones éticas que tiene toda imposición política de un credo. No digo yo por esto que sea mala, lo es quizá por otra cosa, por lo mismo que al hacerse imbéciles los principios resulta pernicioso Machiavello. Entre hombres igualmente malos, según la clasificación corriente de malos y buenos, no son perjudiciales ni las «Máximas» de La Rochefoucauld, ni la obra del secretario de Florencia.

Yo prefiero alabarle sin reparo, á seguirle en secreto anatematizándole en público. Lo malo de él, como lo de todos los hombres, grandes y chicos, es lo mismo que el dolor y el sufrimiento: la inoportunidad de enseñarlo á todos, la inoportunidad de un placer localizado, que no es placer sino dolor.

San Juan.

LAS TRES DE LA TARDE

Entré en su cuarto, y la encontré acostada sobre un blanco sofá de terciopelo, (tada graciosamente despeinada,

suelto en mil crenchas, abundante el pelo; los ojos entornados, abierta de los labios la clausura, descubriendo al descuido los nevados dientes, iguales, de sin par blancura; desplomado aquel brazo, presentido tal vez por el cineel de Praxiteles, sobre el cuerpo gentil como adormido, blancomas que el armíño en blancas pie-

(lea.

Ancha, en pliegues, de seda perfumada, la bata, ya ni suelta ni ceñida, dejando adivinar la torneada figura, esbelta, en el sofá tendida, caída, desuoidada; y dije, al ver así tanta hermosura, tanto contorno bello y tal encanto:

—Bien haya mi ventura, que me obliga á quererte tanto y tanto, porque, si en esta soledad y calma, como te quiero bien, no te quisiera, te juro por quien soy, luz de mi alma, que sabe Dios lo que mi amor hiciera.

Eusebio Blasco.

TRAPOS Y MOÑOS

Padiera Pumarso al vecino invierno de las desigualdades, si todo lo que como moda se anuncia llega á ser favorecido con el visto bueno de las elegantes.

Botones desiguales, el primero de oro y hasta, si es posible, con piedras preciosas; los otros de cristal tallado. Pendientes desiguales, un magnífico solitario haciendo pendant á un záfiro con orla de brillantes; ¡hasta hay quien habla de que los zapatitos de baile deben ser, según el último decreto de nuestra Soberana la Elegancia, uno de raso del color del traje y el otro del color con que se adorne, aunque también de raso!

En las faldas no hay más desigualdad que la de opiniones, pues mientras unas dicen que se usarán con pliegues en las caderas, otras juran y perjuran que verán las más duc en forma de vulgo ó sea simplemente á paños fruncidos en la cintura.

Yo me malloio que seguirá lo collante llevándose la palma, que por qué? pues porque son las más molestas y antiestéticas, y porque se van en los establecimientos de la villa del oso corsets para suprimir las caderas.

II

—¡Amadme! la dijo: ¡necesito que me améis!

—¿Lo necesitáis mucho?

—Sí, lo necesito para no morir.

—¡Ah! poco á poco, no seas atrevido, don Pedro, no ca equivoques groseramente: ¿por quien me tenéis?

—¡Ah! esa es una pregunta embarazosa, dijo Perea; porque yo no puedo deciros que os tengo por querida del abate Alberoni.

—¡Ah! seis un calumniador, dijo con un verdadero enojo Giovanna; y sobre ser un calumniador, sois torpe de una manera que debía avergonzaros.

—¿Torpe? ¿Pues que, no he conocido que sois mujer, á pesar de que estais admirablemente disfrazada, hasta el punto de parecer un adolescente de cuatro años?

—¡Bah! Sabéis que soy mujer, porque yo os lo he dicho.

—¿Que me lo habeis dicho vos! ¡Pues si siempre que os he visto casa del abate, ha sido delante de él, y solo hemos hablado de cosas indiferentes!

—Es verdad, no hemos hablado; pero yo os lo he

—Busquemos otra habitación mas opaca, dijo Perea.

—No, contestó el paje: salgamos á un balcón; así gozaremos del fresco.

—En buen hora, dijo Perea; así como así, yo tenía grandes deseos de hablaros, señor Giovanni, y el mejor lugar donde podemos hablar, es tomando el fresco.

—¡Ah! pues entonces, amigo Guluseppe, dijo Giovanni, hacéme el favor de ir á poner os en otro de los balcones de la vuelta para ver cuando viene el abate y avisarnos.

Guinseppe se fué. Apenas se había ido, cuando Perea rodeó con sus manos la cintura del paje.

—¡Para que yo me engañase! exclamó. ¡Oh, y que talle tan delizioso!

—¿Pero que haceis, caballero, que haceis? dijo el paje sonriendo.

—Adoraros, hermosísima Giovanna, dijo Perea.

—¡Silencio por Dios! Sí, eso es, Giovanna; pero no se lo digais á nadie: soldadme, guardad el secreto; vámonos al balcón.

Perea soltó á Giovanna, la asió una mano que la joven no retiró, y la llevó al balcón.

árboles se encontró con el amabilísimo abate Alberoni, á quien acompañaban sus dos pajes favoritos y algunos criados.

—Este señor no sabe pasarse sin ellas, dijo para sí Perea.

Y saludó afablemente el abate, que le asió con las dos manos la suya, y se la estrechó con grande expresión.

—¿Habeis visto á ese sujeto? le dijo.

—Sí, si señor, contestó Perea; acabo de separarme de él.

—¿Y donde está? dijo el abate.

—En la casa del hortelano.

—¡Ah, ah! dijo Alberoni, pues voy á verle: amigos míos, añadió dirigiéndose á sus pajes, no es la primera vez que hemos estado aquí, y ya sabéis el camino; guiad á ese caballero al palacio.

Los pajes siguieron adelante, y Perea los siguió murmurando.

—Dios quiera que se entretenga mucho el abate con Bizarro; así podré saber si estos son pajes ó pajas.